

Fray Fortunato

El padre Fortunato

UN SIGLO DE LA MUERTE DE FRAY FORTUNATO FERNÁNDEZ ROMERAL

Dentro de unas fechas se cumplirá el primer centenario de la muerte del ilustre religioso consaburense, fray Fortunato Fernández Romeral, ocurrida en la ciudad marroquí de Tánger el 29 de mayo de 1926.

Un extenso artículo publicado en el diario “El Castellano”, que daba la noticia, acompañada de un panegírico sobre su persona, nos permite ahora, un siglo después, recordar su figura aunque sea de forma resumida.

“Fray Fortunato nació en Consuegra el 15 de diciembre de 1864. Sus padres, Ricardo Fernández y Teresa Romeral, procuraron educarlo cristianamente y, muy jovencito, con gran aprovechamiento, estudió humanidades en el Colegio de Padres Franciscanos de su pueblo natal.

Sintiéndose con vocación religiosa, ingresó en la Orden Franciscana, vistiendo hábito en el convento de Pastrana (Guadalajara), el 22 de mayo de 1880. Transcurrido el año de noviciado, fue admitido a la profesión que realizó el 23 de mayo de 1881. Dedicado al estudio de la Filosofía y la Teología, se distinguió por su gran aplicación, revelando una extraordinaria inteligencia y envidiable talento.

De tal manera progresó en el estudio de las ciencias eclesiásticas, que siendo solamente diácono, hizo oposiciones para lector (catedrático), con tan brillantes ejercicios, que le fue conferido dicho título, asignándole una cátedra de Filosofía que desempeñó con notable aprovechamiento de sus alumnos. Ordenado sacerdote el 22 de Diciembre de 1888, desempeña por algún tiempo una cátedra en la casa de estudios que la orden tenía en Almagro (Ciudad Real). El año 1890, marcha a Andalucía como profesor de Filosofía y Teología. La inundación del 11 de septiembre de 1891 le sorprende habitando el convento de Consuegra, entregándose con sus hermanos a labores humanitarias.

Dos años después fue enviado a Roma al objeto de ampliar los estudios, especializándose en Derecho Canónico en la Universidad de San Apolinar, de la que fue aventajadísimo alumno. De vuelta España, le destinan por espacio de ocho años consecutivos a la enseñanza de Teología, Filosofía y Derecho Canónico en varios conventos, sin que esto le impidiese

dedicarse a la predicación, en la que destacó como orador elocuente y conferenciante sublime.

Fue asimismo un escritor fecundo, colaborando en numerosas revistas y diarios, y sosteniendo, por espacio de algunos años el periódico “Lectura para todos”, que él mismo había fundado, con una tirada que pasaba de ocho mil ejemplares.

Desempeñó también por espacio de algunos cursos la cátedra de Sociología en la Academia Universitaria Católica de Madrid, de la que salieron aventajados alumnos. Entre otros cargos, en su Provincia Franciscana de San Gregorio Magno de Filipinas, ocupó el de superior en distintos conventos. En 1912 fue elegido Custodio de la referida Provincia, de la que fue nombrado Provincial, y el 28 de Octubre de 1915 Vicario General de los Franciscanos en España.

Apenas llevaba un año en tan elevado cargo, cuando presentaba a los Superiores jerárquicos la renuncia, que le fue aceptada, pidiendo retirarse a Marruecos, a donde llegó en los primeros meses de 1917.

Ya en la Misión, el padre Fortunato, cuya actividad y amor al trabajo no sabían de reposo, comenzó a colaborar en la Revista “Ciencia y Virtud”. No satisfecho con ello, se dedicó con el mayor interés a la penosa tarea de la enseñanza en las florecientes Escuelas de Alfonso XIII, a las que dio gran realce y cooperó en gran escala a su engrandecimiento, haciéndose cargo de varias asignaturas de Bachillerato y estableciendo los estudios de la carrera de Derecho.

Además de esta magnífica labor educativa, colaboró constantemente en la prensa local. Entre otras obras suyas que han visto la luz pública es de especial mención la titulada: “Los Franciscanos en Marruecos”; magnífica divulgación histórica, que le mereció los más grandes elogios.

Podemos afirmar, que fue un verdadero hijo de San Francisco. Pobre, obediente, sencillo y modesto, sabía hacerse todo y para todos, captándose inmediatamente la simpatía y el afecto de cuantos le conocían y trataban. Dotado de un talento extraordinario, de alma grande y de corazón generoso, no sabía odiar ni conservar la más leve sombra de

rencor. Era un espíritu fuerte, tal como lo concibe el cristianismo, amante de la justicia y de la verdad, y siempre inclinado a la misericordia y a la benignidad. Su caridad no le permitía oír, sin enternecerse, las necesidades y las miserias del prójimo; pero su virtud característica era la humildad y la modestia, en la que verdaderamente se distinguió siempre.

Su muerte, ocurrida el sábado 29 de mayo, a la edad de 62 años, fue muy sentida en esta población de Tánger, donde contaba con numerosas amistades que tan pronto se enteraron del triste desenlace, acudieron al Convento del Espíritu Santo, para testimoniar su sentimiento por tan sensible pérdida.

El entierro se celebró el domingo día 30, a las cinco de la tarde. A éste asistieron todos los elementos oficiales españoles y numeroso público de nuestra colonia. Presidieron el duelo el Excmo. Sr. don Antonio Plá. Ministro Plenipotenciario y representante de España en Tánger, el muy reverendo padre José María Betanzos, provicario Apostólico de Marruecos, el muy reverendo padre Julián Acosta, Comisario Regular de la Misión y don Emilio Sanz, profesor de las Escuelas de Alfonso XIII en representación de las mismas. El cadáver, que se hallaba expuesto en la iglesia del Convento, fue sacado en hombros de los religiosos,

quienes, a la salida del mismo, lo entregaron a los alumnos de las Escuelas, que lo llevaron hasta el lugar en que se despidió el duelo. Luego fue conducido en la carroza hasta el cementerio de Bubana, a donde lo acompañaron los oficiales, la presidencia del duelo, el Sr. cónsul adjunto don Vicente A. Baylla, el Sr. Espinos, secretario de la Embajada, el doctor Sievert, algunos misioneros y otras amistades del finado.

Reciba la Misión Católica de Marruecos el más sentido pésame por tan irreparable pérdida, y recíballo asimismo los distinguidos hermanos del padre Fortunato, el reverendo padre Juan José, morador en el Convento de Padres Franciscanos de Alcázar de San Juan, y don Rigoberto, virtuoso párroco de Méntrida (Toledo)".

Enterados en Consuegra del fallecimiento de su preclaro hijo, el Ayuntamiento presidido por José García Puch, acordaba el 7 de julio de 1926: "Que a la calle de las Monjas se le ponga de Fray Fortunato Fernández Romeral, religioso franciscano muerto recientemente, en cuya calle nació, y se encuentra el convento de dicha Orden; encargándose las correspondientes placas".

Julio García Ortiz



Calle que lleva su nombre